

XV

Polikei devuelve á Dutlov su visita

TREMULOS los labios, Dutlov se dirigió directamente á su casa. Al principio se sentía presa de un gran miedo, pero á medida que fué acercándose á poblado, se dispó ese sentimiento y una violenta alegría fué llenando rápidamente su alma. En el pueblo oíanse voces avinadas cantando alegres canciones. Dutlov no bebía jamás y menos esa noche había de detenerse en la taberna, por lo que se dirigió rectamente hacia su casa, siendo ya muy tarde cuando entró en su izba. Su mujer dormía ya; el hijo mayor y los nietos dormían sobre la estufa, mientras que el segundo dormía con su mujer en un cuartucho. Solamente estaba despierta la mujer de Iluchka, sentada en un banco y ocupada en sollozar lo más lindamente, según opinión de la abuela; iba suciamente vestida y llevaba los cabellos por demás enmarañados. No se movió siquiera cuando llamó el viejo, pero apenas hubo éste entrado se puso á gemir y á llorar más fuerte que nunca.

La vieja se levantó y enseguida empezó á preparar la sopa para su marido. Dutlov gritó dirigiéndose á la mujer de Iluchka: «Basta! basta ya!». Axinia se levantó y fué á echarse sobre otro banco, sin cesar en su gimoteo. La vieja, en silencio, fué arreglando la mesa, y después el viejo, en silencio también, se comió la sopa, eructó estruendosamente, se lavó las manos y se dirigió al cuarto oscuro donde en voz muy baja explicó algo á su mujer; enseguida salió

ésta, y el viejo, levantando una trapa, descendió á la bodega, donde permaneció largo tiempo. Cuando subió otra vez, la izba estaba completamente á oscuras, y la vieja ya tendida en el suelo, en actitud de dormir, si no durmiendo. La mujer de Iluchka dormía también, tendida sobre el banco, sin nada debajo de la cabeza, y respirando regularmente.

Dutlov hizo una corta plegaria, se miró un momento á la mujer de Iluchka, acabó de apagar el fuego, subióse sobre la estufa, y se tendió al lado de su hijo. En la oscuridad, se hizo saltar de los pies los pesados *lapti* y tendido de espaldas se quedó contemplando las vigas de encima de la estufa y escuchando el rumoreo de los cuerpos que yacían entorno suyo y los ruidos que producían los animales de toda clase que tenía en su corral. Tardó mucho tiempo en dormirse...

La luna iba subiendo con lentitud, y su reflejo creciente iba haciendo más claro el interior de la izba. El viejo veía perfectamente á Axinia sobre el banco y á su lado *algo* que no podía distinguir bien: no sabía si era el caftán de su hijo que se hubiese dejado allí olvidado, ó si algún otro objeto ó prenda por el estilo... Era quizás que alguien se había levantado?... Dormido ó no, Dutlov continuaba en sus investigaciones... Evidentemente, el espíritu del mal que había conducido al pobre Ilitch á la tenebrosa tragedia que acabó con su vida, debía cernerse todavía sobre el pueblo todo, cubriendo con una de sus negras alas la izba de Dutlov, en donde había ido á parar ese dinero del cual se había él servido para perder á Ilitch. Al menos, el mismo Dutlov lo sentía así, y no las tenía todas consigo... Despierto ó dormido, sentía en el ambiente algo que no podía definir, y recordaba de pronto á Iluchka con las manos atadas á la espalda, y veía luego á Axinia llorando y gimiendo, y después se le aparecía la imagen de Polikei con los brazos colgando á lo largo del cuerpo... De pronto, el viejo creyó ver á alguien pasar por delante de la ventana, y pensó: «Quién puede ser? Quizás el *starosta!* Pero, cómo ha abierto? Tal vez la vieja se ha olvidado de cerrar!» se dijo al oír pasos en el vestíbulo.—«El perro ahullaba y él iba caminando lentamente, contaba al otro día el buen viejo, cómo si buscase la puerta... Y fué avanzando, apoyándose en la pared hasta que chocó con un banco, metiendo gran ruido; de nuevo se puso á palpar, hasta que topó con el pestillo. Lo levantó y entró aquí mismo, aquí, bajo la forma de un hombre...».

Dutlov sabía que era *él*, el espíritu malo, y hubiera querido santiguarse, pero no pudo... *El* se acercó á la mesa, tiró al suelo

cuánto había en ella y de un salto se plantó junto á la estufa... El viejo reconoció entonces el rostro de Ilitch, quien agitando violentamente los brazos saltó sobre la estufa y se echó sobre el viejo para ahogarle.

—Mi dinero!—decía Polikei.

«Déjame, no lo haré otra vez» quería decir el anciano, pero no podía articular una sola sílaba.

Ilitch le ahogaba con todo el peso de una gran montaña de piedras que hubiese puesto sobre su pecho. Dutlov sabía que si decía una plegaria, el ahorcado le dejaría, y hasta sabía cuál era esa plegaria, pero no la podía pronunciar... Uno de sus nietecillos que dormía sobre la estufa lanzó un grito horrible y se puso á llorar, pues el abuelo le aplastaba contra la pared. El grito del niño despegó los labios del anciano, y exclamó en voz alta: «Que Cristo resucite!» *El* apretó ya con menos fuerza... «Y que todos sus enemigos sean dispersados!» Entonces *él* bajó de la estufa; Dutlov oyó el golpe de sus pies sobre el suelo, y enseguida recitó una después de otra todas las plegarias que sabía... *El* se fué hacia la puerta, la empujó y la dejó luego caer con tanta fuerza que la izba entera tembló. No obstante, todos seguían durmiendo, menos el abuelo y el más pequeño de sus nietos; el viejo seguía diciendo plegarias y temblaba de pies á cabeza, mientras el pequeñuelo apretándose contra el anciano quería dormirse otra vez, y de nuevo todo quedó sumido en la mayor calma. El viejo Dutlov no volvió ya á dormirse, aunque permaneció lo más quieto que pudo. El gallo cantó junto á la misma pared en que tenía el anciano apoyada la cabeza, y oyó en el corral el revuelo de las gallinas; uno de los gallos más jóvenes quiso cantar también, lo probó varias veces y no pudo. El anciano Dutlov sintió que algo se movía entre sus pies... Era el gato, que había dormido allí, y al notar que se acercaba el día saltó de la estufa, oyéndose el ruido de sus patas al dar contra el suelo, y se fué á mayar junto á la puerta. El viejo se levantó y abrió la ventana; la calle estaba aun oscura... Descalzo, y después de haberse santiguado dos ó tres veces, salió al patio de los caballos, levantó al jumento que al echarse se había enredado las patas traseras con las riendas, acarició al caballo, que parecía contemplarle atentamente y les llenó el pesebre; después volvió á entrar en su izba.

La vieja se había levantado también y encendía el fuego.

—Despierta á los muchachos; he de ir á la ciudad,—dijo el viejo; luego encendió el cirio del icono, y los dos ancianos bajaron á la bodega.

XVI

Todos vivimos en el pecado!

NO solamente en casa de los Dutlov, sino en todas las casas del pueblo humeaban ya las chimeneas cuando salió el viejo á la calle. Sus hijos se habían levantado, y las mujeres iban y venían llevando grandes jarros de leche; Ignati estaba enganchando el caballo en la carreta, mientras el otro engrasaba las ruedas. La mujer de Iluchka ya no lloraba ni gemía, y se había arreglado un poco, aguardando sentada en un banco la hora de ir á la ciudad para despedirse de su marido. El viejo aparentaba aires de inmensa preocupación. Se puso el caftán nuevo, el cinturón, y con todo el dinero de Ilitch en el bolsillo se fué á casa de Egor Mikhailovitch.

—Deprisa! deprisa!...—gritó á Ignati, que estaba ajustando las ruedas en el eje de la carreta ya engrasado.—Vuelvo enseguida, y quiero que esté todo á punto.

El intendente acababa de levantarse y estaba bebiéndose una gran taza de té, preparándose para ir también á la ciudad á hacer por sí mismo el registro é ingreso de los reclutas.

—Qué quieres?—preguntó al viejo al verle entrar.

—Egor Mikhailovitch, quiero comprar un sustituto para Iluchka. Hacedme el favor... Ultimamente me dijisteis que conocéis en la ciudad un sustituto muy bueno. Aconsejadme... Yo, pobre de mí, no sé nada.

—Cómo! Has reflexionado ya?

—He reflexionado, Egor Mikhailovitch. Es digno de lástima... Al fin es el hijo de mi hermano. Cómo quiera que sea, siempre es cosa muy triste... Este dinero ha sido ya causa de tantos pecados! Hacedme el favor, dadme un consejo!—acabó el viejo, mientras hacía un gran saludo.

Como siempre en casos semejantes, Egor permaneció un momento silencioso, mordióse los labios, y después de haberlo reflexionado bien, escribió dos cartas y explicó al viejo lo que había que hacer.

Dutlov volvió á su casa. La mujer de Iluchka había ya marchado con Ignati, y junto á la puerta cochera estaba la otra carreta enganchada también y dispuesta á partir. El viejo arrancó del cercado una pequeña vara, se envolvió lo mejor que pudo en su caftán, se acomodó en la carreta y fustigó fuerte al animal, que emprendió una veloz carrera, fatigándose extraordinariamente, lo que causaba gran lástima al viejo, pero apartaba la vista para no comoverse demasiado, pues tenía prisa por llegar á la ciudad, mucha prisa, temiendo que Iluchka hubiese ya ingresado y que el dinero del diablo se le quedase entre las manos. No describiré en todos sus detalles las aventuras de Dutlov, diciendo tan sólo que tuvo finalmente una magnífica suerte. En casa del propietario, para quien le había hecho una carta el intendente, había un sustituto excelente, pues había sido ya aceptado por la administración. Debía á su amo veintitres rublos, y su amo pedía por él hasta cuatrocientos rublos; un señor que había entrado en tratos con él no quería dar más que trescientos. Dutlov concluyó el trato en pocas palabras: «Tomarás trescientos veinticinco rublos?» dijo extendiendo la mano, con expresión que daba á entender que estaba dispuesto á añadir algo todavía, si era preciso. El amo del mozo empero no alargaba su mano en señal de que aceptase el trato y seguía pidiendo los cuatrocientos rublos.

—Con veinticinco más encima, aceptas?—decía Dutlov, cogiendo con su izquierda la mano derecha del otro y haciendo ademán de pegar encima.—Aceptas?

—No!

—Pues, bien; Dios sea contigo!—exclamó el viejo levantándose casi de puntillas y golpeando con fuerza la mano de su contrincante.—Sea! Toma cincuenta rublos encima... Prepara el recibo, traénos el mozo y aquí tienes el anticipo... Dos billetes rojos. Es bastante?

Y Dutlov desabrochó su cinturón y sacó el dinero.

El propietario, aunque no retiraba la mano, no parecía del todo dispuesto en consentir, y, sin tomar todavía los billetes, regateaban la propina que tendría que darse al sustituto.

—No peques todavía más;—dijo Dutlov, haciéndole tomar á la fuerza el dinero.—Todos hemos de morir!—exclamó al fin en tono tan dulce y con tan plena convicción que el hombre acabó por decir:

—Sea como tú quieras!—dió un buen golpe en la mano del viejo y empezó una plegaria: «Que Dios esté siempre con nosotros...».

Se despertó al mozo sustituto, que dormía aun la borrachera de la noche anterior, y que ignoraba aun por qué había sido examinado, y juntos todos fueron á la oficina. El mozo estaba muy alegre y pedía á cada paso ron para rehacerse un poco; Dutlov le dió algún dinero. No empezó á sentir el infeliz algún recelo hasta verse dentro de la cancillería, en donde permanecieron largo tiempo, buscando al escribano que había de arreglar la cosa. Así fueron rodando de mesa en mesa, saludando á toda clase de escribientes, altos y bajos, y perdiendo por fin la esperanza de dejar resuelto aquel mismo día el asunto. Mientras tanto, el mozo sustituto se iba poniendo cada vez más alegre y más exigente. Por fin, el viejo Dutlov vió á Egor Mikhailovitch y se agarró á él como á una tabla salvadora. En efecto, éste supo arreglarse tan bien que dos horas después todo quedaba listo, y el desgraciado mozo, con extrañeza tan grande como su dolor, se vió ingresado como soldado y poco después, ante la rechifla general, fué desnudado, revisado, rapado el pelo y vuelto á vestir, después de cuyas complicadas operaciones se le dejó salir libremente...

Cinco minutos después, Dutlov entregaba todo el dinero convenido y recibía el correspondiente recibo; enseguida se despidió del mozo sustituto y de su amo y se dirigió á casa del comerciante donde estaban aun los reclutas de Pokrovskoie. Iluchka y su mujer se hallaban sentados en un rincón de la cocina, y apenas vieron entrar al viejo le dirigieron sus miradas llenas de una expresión á la par sumisa y de malevolencia. Cómo siempre hacía, el anciano se quitó al entrar el cinturón é hizo una corta plegaria; enseguida sacó el precioso documento y llamó á su hijo Ignati y á la madre de Iluchka, que se hallaban en el patio.

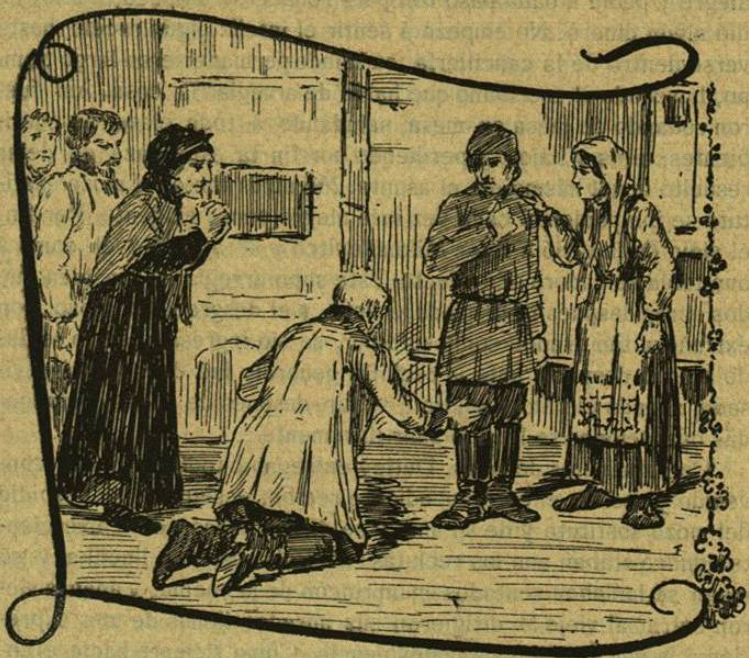
—No peques nunca más, Iluchka,—dijo acercándose á su sobrino.—Ayer noche me dijiste tales palabras!... Es acaso que no tengo lástima de tí? Recuerdo muy bien que mi hermano me recomendó que te tuviese por hijo, y si yo hubiese tenido antes poder para ello, crees que hubiera permitido que te marchases soldado?...

Pero, Dios me ha enviado una gran suerte, y ya no he vacilado un momento. Aquí está el papel,—dijo poniendo el recibo sobre la mesa y manteniéndolo extendido con sus dedos.

Toda la gente de Pokrovskoie, los obreros y empleados del comerciante y aún algunas personas extrañas penetraron en la cocina, atraídos por el discurso del viejo, adivinando de qué realmente se trataba, pero guardando todos el más absoluto silencio.

—Aquí está el papel!... Por él he dado cuatrocientos rublos. No tienes nada que reprochar á tu tío.

Iluchka se había puesto en pie, pero no sabía qué decir, tem-



blorosos los labios por la emoción. La madre de Ilia, llorando, quiso echarse al cuello del viejo, pero éste con ademán lento é imperioso la apartó con la mano y siguió diciendo:

—Me dijiste ayer una palabra, y esta palabra es como un puñal que me hubieses clavado en mitad del corazón. Al morir, tu padre me ordenó que te tuviese por hijo, y si acaso yo te he ofendido, la verdad es que vivimos todos en medio del pecado... No es así,

hermanos míos?... He aquí á tu madre y á tu joven esposa, y aquí está también el papel que te hace libre... Vaya al diablo el dinero!... Perdonadme todos en nombre de Cristo!

Y levantando las puntas de su caftán, el viejo se dejó caer de rodillas á los pies de Iluchka y de su mujer, á pesar de que éstos intentaron impedirlo. No se levantó el viejo Dutlov hasta haber tocado el suelo con su propia frente... Luego se arregló el vestido un poco y sentó en un banco.

La madre y la mujer de Iluchka lloraban de alegría, y un fuerte murmullo de aprobación surgió del grupo de los presentes.

—Así es como Dios lo manda,—decía uno.

—Qué es al fin el dinero?—decía otro.—Por dinero no se compra un hijo.

—Qué alegría!—exclamaba un tercero.—He aquí lo que se llama un hombre justo!

Únicamente los que eran ya soldados absteníanse de tomar parte en la alegría general, y silenciosamente salieron otra vez al patio.

XVII

La despedida del recluta

UN par de horas después, las dos carretas de los Dutlov abandonaban ya los barrios exteriores de la ciudad. En la primera iban el viejo y su hijo Ignati y entre sus pies se veían innumerables paquetes y envoltorios. En la otra iba la mujer de Iluchka, alegre y tranquila, acompañada por su marido y la madre de éste. Iluchka iba sentado de espaldas al caballo y comiendo un gran trozo de pan no cesaba de hablar, mientras su mujer tenía con sumo cuidado sobre las rodillas una botella de aguardiente.

Las voces de unos y otros, el rodar de las carretas y el relinchar de los animales se confundían en un solo rumor que alegraba el corazón. Los caballos agitaban la cola y aceleraban cuánto podían el trote, pues habían ya entendido que volvían á casa. Los que pasaban por su lado, fuesen á caballo ó á pie, se fijaban en tan afortunada familia y se sonreían al verles ir tan alegres. Al salir de la ciudad, los Dutlov acertaron á pasar por delante del grupo de los reclutas, que estaban reunidos formando círculo ante la puerta de una taberna.

Uno de los reclutas, con esa expresión singular, anti-natural que da al rostro de un hombre la cabeza enteramente rapada, se hundió hasta la nuca el gorro de un color gris y se puso á tocar hábilmente la *balalaika*; otro, sin gorro y con una botella de

aguardiente en la mano, se puso á danzar en medio del círculo. Ignati paró el caballo y se bajó para atar más fuerte una de las correas; toda la familia de los Dutlov se quedó contemplando alegremente aquel espectáculo y aplaudiendo al danzarín con entusiasmo; éste parecía no ver á nadie, pero comprendía que el público engrosaba y que le admiraba cada vez más, lo que aumentaba todavía su fuerza y su habilidad; lo cierto es que el pobre diablo danzaba muy bien. Tenía fuertemente fruncidas las cejas, encendido el rostro é inmóvil y los labios contraídos en una sonrisa que, lo mismo que si se le hubiese helado en la boca, había perdido ya toda clase de expresión. Parecía tener concentradas todas las fuerzas de su sér en ir colocando lo más rápidamente posible un pie después del otro, unas veces tocando el suelo con el tacón y otras veces con la punta. Alguna vez deteníase súbitamente y guiñando los ojos se dirigía al tocador de *balalaika*; éste empezaba entonces á hacer vibrar con mayor rapidez aun las cuerdas del instrumento y hasta golpeaba con los dedos la caja del mismo... En uno de sus cortos descansos, el recluta danzarín empezó á moverse lentamente, sacudiendo despacio los hombros y los brazos y manteniéndose únicamente sobre la punta de los pies. Los chicuelos que andaban por allí reíanse, las mujeres movían admiradas la cabeza y los hombres alababan el difícil *paso*.

Un sub-oficial ya viejo, que se estaba cerca del danzarín, le contemplaba inmóvil é indiferente, como queriendo decir: «Puede sorprenderos á vosotros; pero yo hace ya mucho tiempo que he visto eso, y aún cosa mejor». El tocador estaba visiblemente fatigado, más todavía que el que bailaba, por lo que de pronto, mientras dirigía entorno distraídamente la mirada, dió un gran golpe en la caja del instrumento y cesó la danza.

—Eh! Aliocha!—dijo el tocador de *balalaika* al danzarín, señalándole al viejo Dutlov.—No es aquel tu padrino?

—Oh! sí... Hola, querido!—gritó Aliocha, el danzarín, que era el sustituto comprado por Dutlov, y que cansado de tanto bailar se había tirado al suelo, bebiéndose al menos la mitad de la botella que tenía en la mano. Luego se levantó y tambaleándose avanzó hacia la carreta, gritando al tabernero:—Eh! trae un vaso... Vaya! querido, esa sí que es una alegría grande! Verte aun otra vez!...—y empezó á ofrecer su aguardiente á los hombres y á las mujeres. Los campesinos bebieron, pero ellas rehusaron muy agradecidas.

—Amigos míos!... Voy á haceros un gran regalo!—exclamó de pronto Aliocha, besando á cuántas mujeres viejas halló bajo su

mano, y cogiendo todos los pasteles que una vendedora ambulante llevaba los echó dentro de la carreta.

—No tengas miedo, todo se pagará, demonio!—gritó con voz que parecía que iba á llorar, y sacándose del pecho la bolsa la tiró á los pies de la vendedora. Y se quedó de pie, agarrado á la bā-randa de la carreta, mirando con sus húmedos ojos á los que estaban sentados dentro.

—Cuál es la madre?—preguntó de pronto.—Eres tú, verdad? Pues, toma...—Se quedó un momento parado, como reflexionando, después metió la mano en su bolsillo y sacó de él un pañuelo nuevo, cuidadosamente plegado, se quitó la servilleta que llevaba á guisa de cinturón debajo de la blusa, se quitó también del cuello un pañolón rojo que llevaba, ni nuevo ni limpio, y lo arrojó todo sobre las rodillas de la vieja, exclamando con voz que á cada sílaba parecía que iba bajando de tono:

—Toma, yo te lo doy, todo es tuyo...

—Pero, por qué?... Gracias, querido. He aquí un buen muchacho sin pizca de rencor,—dijo la madre de Iliá al viejo Dutlov, que se había acercado á ellos.

Después de esto, Aliocha se quedó callado, y, como si se hubiese dormido, su cabeza fué inclinándose lentamente hacia el suelo.

—Por vos yo parto, por vos yo voy á la muerte!—exclamó de pronto.—Y por eso también os hago estos regalos.

—Creo que el pobre tiene madre aun!—dijo alguno de los circunstantes.—Es un buen muchacho, infeliz!

Aliocha levantó la cabeza.

—Tengo madre, sí... y también tengo padre; pero todos me han abandonado... Escucha, tú...—añadió tomando la mano de la vieja.—Te acabo de hacer un presente... Escúchame, pues, en nombre de Cristo: irás al pueblo de Vodnoie, y allí pedirás por la vieja Nikonova... es mi madre, entiendes? Dirás, pues, á esa vieja Nikonova, en la tercera izba, al final de todo, cerca del pozo nuevo, le dirás que Aliocha, esto es, su propio hijo... Eh! tú, el de la *balalaika*, toca música bien alegre!—grito de pronto soltando la mano de la madre de Iluchka y apartándose de la carreta; luego, al hallarse enfrente del músico, tiró al suelo la botella del aguardiente y, murmurando no sé qué palabras, se puso á bailar con más furia que nunca.

Ignati subió á la carreta y se dispuso á reemprender el camino.

—Adiós!... Que el Señor te ayude!—exclamó la vieja envolviéndose en su peludo.

Aliocha paró en seco de bailar y se quedó un momento contemplando á los que se iban.

—Que el diablo os lleve á todos... y á tu madre también, recluta maldito!—gritó el pobre amenazándoles con los puños cerrados.

—Oh! Dios mío!—exclamó la madre de Iluchka santiguándose.

Ignati fustigó al caballo y las carretas se alejaron rápidamente.

Aliocha se quedó plantado en medio del camino, y cerrando los puños y con una expresión de inmensa rabia en el rostro, siguió injuriando á plena voz á los campesinos que se iban alejando de prisa.

—Por qué os detenéis? Idos al diablo todos, bestias salvajes... Oh! ¡no escaparéis de mis manos!—clamó al fin, y, apenas había pronunciado estas palabras, sus pies tropezaron el uno con el otro y cayó pesadamente al suelo...

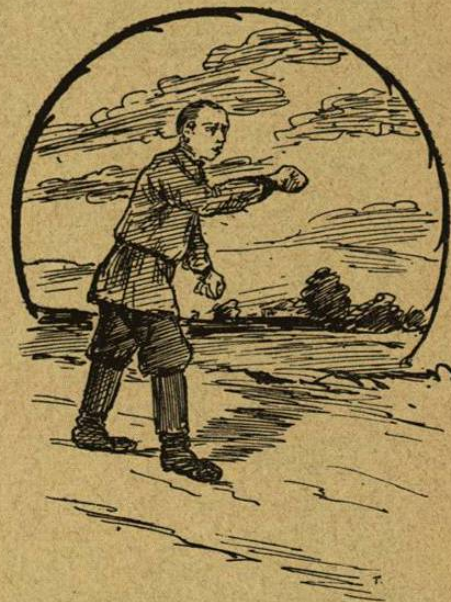
Pronto los Dutlov se hallaron en plena campiña y apenas distinguieron ya el grupo formado por los reclutas delante de la taberna.

Cuando hubieron hecho ya más de cinco *verstas*,

Ignati descendió de la carreta en que su padre se había ya dormido y se fué á sentar, en la otra carreta, al lado de Iluchka, bebiéndose juntos la botella de aguardiente que habían traído de la ciudad.

De allí á poco rato Iliá empezó una canción, y las mujeres le acompañaron alegremente; Ignati iba marcando el compás...

Un coche de postas venía á todo correr en dirección contraria á la por ellos seguida, dando el postillón grandes gritos para no chocar con las dos carretas que iban llenas de gente tan alegre...



Al cruzarse con ellos, el postillón contempló un momento, guiñando los ojos, aquel grupo de rostros enrojecidos por el beber y el reír y que iban camino de su casa cantando alegremente al vaivén con que los hondos baches de la carretera balanceaban el pequeño carruaje...



Un encuentro

1856